

## VAGALUME

CARLOS G. REIGOSA

## Manuel Graña González

**A** primeira Escola de Xornalismo que houbo en España fundouna Ángel Herrera Oria en 1926 en Madrid, cando dirixía o xornal *El Debate* e tiña como subdirector a José María Gil-Robles. Un dos profesores máis destacados daquela escola foi Manuel Graña González, galego de Cangas. Graña fora ordeado sacerdote en 1918 e pouco despois Herrera Oria enviáralo a EE. UU. para estudar o ensino do xornalismo na prestixiosa Universidade de Columbia (Nova York), que hoxe segue a ser vangarda mundial nesta materia. Á volta, Graña escribiu o libro *Escuela de periodismo. Programas y Métodos*, que influíu enormemente na organización dos estudos xornalísticos en España e que hoxe está inxustamente esquecido ou relegado.

Manuel Graña exerceu tamén como xornalista e foi autor de miles de traballos periodísticos. Informou desde Irlanda sobre a loita pola independencia, foi enviado especial nas fronteiras da nosa Guerra Civil e colaborou cunha axencia de prensa católica estadounidense. Morreu en Madrid o 29 de setembro de 1963, aos 84 anos, e foi enterrado no cemiterio da Almudena. Pouco antes fora nomeado «xornalista de honra». En Cangas, onde naceu, hai unha escultura en bronce, obra do gran Francisco Asorey González, que nos recorda o pouco que sabemos deste fillo predilecto da súa vila. Falo del hoxe porque non vexo que o faga ninguén, e non quero sumarme a eses voluntarios dos grandes silenciosos, que logo se empeñan en recordar a tanto mindundi.

Sei pouco de Graña, certo. Foi o veterano correspondente internacional Celso Collazo Lema quen me falou del. Seica os seus pasos se cruzaron en Inglaterra a finais dos anos cincuenta. Collazo acordábase dun vello xornalista cheo de curiosidade e moi interesado polas novidades do mundo. Celso Collazo nacera en Vimianzo en 1921, pero coñecía ben Cangas, e sobre isto tamén faláron. A Collazo, que finou o ano pasado aos 92 anos, puidemos facerlle unha sentida homenaxe o 2 de xullo no seu Vimianzo natal. Foi unha fermosa xornada, coa presenza de xornalistas coma Juan Caño e Óscar Becerra, do físico Jorge Mira e de parentes e veciños. Unha placa inaugurada polo alcalde na casa familiar dá conta disto. E, feita esta rememoración, pregunto: ¿Non merecerá o pioneiro Graña unha homenaxe parecida? Quen sabe. Se cadra os tempos aínda non son chegados.

## «MATERIAL RODANTE» [ GONZALO MAIER ]

## El hombre que escribe en los trenes

GONZALO MAIER VUELVE SOBRE SUS OBSESIONES PERSONALES, Y CASI SIEMPRE LA LITERATURA, PARA SERVIR «MATERIAL RODANTE», ESPECIE DE DIETARIO QUE COMBINA NO-FICCIÓN Y NOVELA

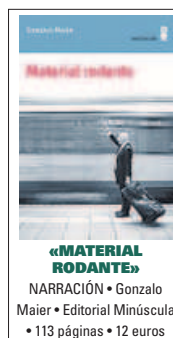
**HÉCTOR J. PORTO** | Desde que abandonó el camino iniciado en el 2000 con su «diabólica» novela *El destello* —de la que el autor prefiere ahora no hablar—, a Gonzalo Maier (Talcahuano, 1981) le ha ido bastante bien en el tren. Viajaba a 287 kilómetros por hora de París a Barcelona —«insoportablemente rápido», anotaba— para entrevistar a Vila-Matas y entonces, en aquel veloz convoy, surge *Leyendo a Vila-Matas* (LOM Ediciones, 2011), una novela metaficcional que situó la literatura del autor y periodista chileno afinado en Holanda en un lugar muy sugerente. De ese mismo lugar parte *Material rodante* (Minúscula, 2015), que explica nitidamente por qué Maier dice eso de que merecería un premio de Anagrama en cuanto que en lo que va de siglo XXI ha disfrutado leyendo al



citado Vila-Matas pero también a Sebald, Bolaño, Piglia y Zambra (todos pasaron por el sello de Herralde). Maier ha inscrito su nombre en esa familia de finos creadores que combinan sin recato no-ficción (incluso ensayo) y novela, que han hecho de la metaliteratura un género mayor y que a su vez tienen a la literatura (y los escritores) entre sus obsesiones principales. A Maier lo distingue la delicadeza con la que construye un dietario (sin corsés) preñado de un sutil humor (nada ruidoso) a bordo del tren que lo lleva de casa al trabajo, y viceversa, cruzando la frontera entre Bélgica y Holanda, Lovaina y Nimega. Bien

es cierto que, como Xavier de Maistre, podría haber hecho el viaje sin salir de su habitación, observando los pequeños acontecimientos de la vida y explorando la suya propia. En su hermosa narración lo mismo rememora la llegada de la araucaria chilena a Europa, distingue entre turista y viajero, glosa el papel de los conejos en el pólder, indaga el valor del silencio y las esperas, reflexiona sobre ciclismo, analiza la limpieza en los baños públicos, aclara su relación con los idiomas ajenos o elogia filosóficamente el pijama (ya había publicado una digresión similar en la revista *Dossier*). Ah, sí, y mucha literatura.

Construida entre 1895 y 1905, la estación central de Amberg es motivo de reflexión para Maier, quien a veces pierde su tren y se queda allí tirado.



## «LSD FLASHBACKS» [ TIMOTHY LEARY ]

## Viaje (al pasado) con Timothy Leary

**H. J. P.** | Han pasado ocho años desde que Alpha Decay trajo al castellano las memorias de Timothy Leary (Springfield, Massachusetts, 1920-1996). Cuando están a punto de cumplirse dos decenios del fallecimiento del profesor estadounidense, uno de los grandes promotores de la revolución psicodélica —y desde la Universidad de Harvard, nada menos, de donde, por otra parte, fue expulsado—, el sello barcelonés recupera ahora este título de su catálogo —*LSD Flashbacks*— para llevarlo de nuevo a las librerías (buena forma de celebrar sus diez años en la edición). Convencido de que las drogas podían ayudar a reprogramar e incluso liberar el cerebro, a disparar la fuerza interior, Leary halló en los hongos mexicanos (en

1959) un prometedor punto de partida para sus investigaciones, que no tardaron mucho en resultar incómodas a las instituciones académicas e incluso a los gobiernos. Aquel «Turn on [enchúfate], tune in [sintoniza], drop out [fluye]» —lema que hizo célebre— se convirtió en una invitación política que iba más allá de la llamada al conocimiento interior o la mera juerga universitaria, y eso no gustaba. Y es que Leary —especialmente, frente a William Burroughs, quien prologa el libro y fue pionero en la exploración de la conciencia mediante el uso de la planta alucinógena del yagé— era un ingenio «siempre dispuesto a arriesgarlo todo en la búsqueda de su sueño idealista de iluminación psicodélica universal» y en su denodado

empeño de salvar el mundo. Ya avanzada la sesentena —y con similares candidez y vitalismo— Leary quiso recapitular sus conquistas, explicar sus motivos. Eso es lo que hace en *LSD Flashbacks*, un viaje al pasado que remonta hasta la noche del baile del club de oficiales de West Point en que su padre depositó unos 400 millones de espermatozoides en el «tracto reproductor» de su madre. Ya entonces aquella carrera —relata el profesor de psicología— no se orienta hacia un huevo dócil, bobo, facilón sino hacia «un sol resplandeciente que irradiaba inteligencia divertida y estaba rodeado de campos magnéticos erizados de haces fosforescentes de radar y láseres». Feliz viaje.

